

DE PARA DESPUES DE COMULGAR

¿Quién será capaz, Jesús de mi alma, de recibirte dignamente? Si yo me hubiera conservado, sin mérito alguno de mi parte para recibirte ¡qué admirable dignación! ¡Qué asombroso sería que te dejaras comer por mí!, pero cuando mis obras han sido un cúmulo tal de pecados que tantas veces me volvieron a constituir, por mi flaca voluntad, en hijo de ira y esclavo de Satanás, si yo he trocado tantas veces el pan de los ángeles, no por un plato de lentejas, mas por un deleite pasajero y envilecedor, si yo he dado albergue en mi alma al afecto sensual de tantas pobrecitas criaturas, con menosprecio de tu divina y humana realeza, que por tan ingeniosos artificios de la infinita sabiduría y de tu caridad inmensa me urge, me obligo, por toda clase de títulos para que a ti sólo ame y tú solo reines en mí ¿cómo Señor me atreví a comerte? y si tan osado fui ¿cómo darte Señor ahora las debidas gracias? ¿Con qué afectos?, ¿con qué palabras? ¿Qué podré ofrecerte? ¡Oh promesas tantas incumplidas como repetidas, tan regateadas, tan olvidadas! ¿Qué debí hacer, mi Amor Sacramentado que haya hecho? Debí purificarme para no hacerme reo de tu Cuerpo y de tu Sangre, debí arrancar estas malas pasiones que me aprisionan con redes de egoísmo y lazos de amor propio, debí sacrificarme por mis prójimos, debí padecer por tu gloria y hasta hoy, oh divino Pan de redención ¿a quién hice bien de mis hermanos? ¿a quién enseñé a regalarme con las ternuras de tu amor?

Perdón, perdón, mi divino Jesús Sacramentado, perdona a este saco de podre y a esta ponzoña de pecados, ni la Magdalena te ofendió más, ni fué menos digna la Cananea, ni Pedro te negó con más traición, ni Judas te vendió con más vileza, ni Gestas te robó más gloria, ni Loriginos hirió más cobardemente tu divino pecho.

Vuelve a mirar, Pan vivo que bajaste del cielo, al Acueducto por el que quisiste, venir a mirar a esa criatura, la única que ha sabido grangearte para mi bien, y por Ella, Madre tuya y Madre mía, limpia mi alma; tú, Inmaculada Niña, que fuiste el imán que nos trajo al Verbo y nos lo dió hecho carne, para que El se nos ofreciera en manjar, lava mi alma con la Sangre preciosa de El y alhájala con tus virtudes; hazme saborear Señora sin macilla, los encantos de tu alma inmaculada para que prefiera la pureza del amor divino a todos los gustos miserables, fugaces y atormentadores de este mundo. No más amores, no más afectos, no más pensamientos para las criaturas, si es que no nacen en ti y son para ti y acaban en ti. Reina soberana de mi alma, no haya en mí lo que tú no mandes, lo que tú no desees, lo que tú no quieras. Lo que a ti te sea indiferente, séalo para mí también; lo que a ti te desagrade, que jamás sea grato para mí; lo que a ti te ofenda, sea para mí el único tormento. Tus enemigos serán los míos: el mundo, el demonio, la carne, los pecados capitales, las bajas concupiscencias, las torpes imaginaciones, las quimérica ilusiones de la fantasía, el ansia de riquezas, los ensueños de soberbia ambición. Y pues eres mi madre, Imaculada Virgen, atavía mi alma con tus propias virtudes, cúbrela con el precioso vellón del celestial Cordero, tu hijo divino. Que yo sea humilde, que yo quiera ser despreciado, así lo merezco; que yo sea obediente a toda criatura, que yo sea esclavo de mi Jesús Sacramentado y esclavo de su Esclava ahora y siempre.